

virginal, y que de cuando en cuando, arrojan furtivamente una mirada hacia la espalda, para asegurarse si el sofá donde deben caer, está bien directamente detrás de ellas. Este es un cuidado que yo no habría sabido tener jamás.

No amo á Alberto, al menos en el sentido que yo doy á esta frase, pero tengo gusto en dejarme caer hacia él.

Me agrada su inteligencia, y su pensar no me es repulsivo, lo cual no puedo decir de muchos otros.

Lo que más me gusta en él, es que no trata como la generalidad de los hombres, de embrutecerse por decirlo así, con el placer. Hay en él una aspiración siempre sostenida hacia lo bello. Será hacia lo bello material, es cierto, pero siempre es una noble tendencia, suficiente para sostenerle en las puras regiones.

Su conducta con Rosita, demuestra la honestidad de su corazón, honestidad muy rara, más que la otra si es posible.

Además, es menester que te lo diga, estoy poseída de los deseos más ardientes, y languidezco, y estoy muriéndome de voluptuosidad, porque el traje que visto si bien me compromete en toda clase

de aventuras con las mujeres, me protege perfectamente contra las acechanzas de los hombres, y una idea de placer que no se realiza jamás, flota vagamente en mi cabeza, y esta especie de sueño sin forma y sin calor, me fatiga y me enoja.

Muchas mujeres, habitando en el medio ambiente más casto, llevan una vida de prostitución que asombra, y yo por un contraste que no deja de tener su parte de bufo, permanezco casta, y virgen como la diana más fría, en medio de una atmósfera de disipación, y rodeada por todas las más grandes corrupciones del siglo.

Esta ignorancia del cuerpo, á que no acompaña la ignorancia del espíritu, es lo más triste que hay.

Para que mi carne no pueda mostrarse orgullosa delante de mi alma, quiero satisfacerla igualmente, ya que es una necesidad tan grande como la de comer y beber.

Así es, que ya no dudo. Quiero saber lo que es un hombre, y el placer que da, y toda vez que Alberto me ha reconocido bajo mi disfraz, es justo que el obtenga la recompensa de su penetración.

Es el primero que ha adivinado que yo era una mujer, y yo le demostraré del mejor modo posible, que sus suposiciones eran fundadas. Sería muy poco caritativo dejarle en la creencia de que había sentido un afecto monstruoso.

Alberto será quien resuelva mis dudas, y me dará la primera lección de amor.

Lo esencial es llevar las cosas de modo que resulte siempre algo poético.

No responderé á su carta, le pondré la cara seria durante algunos días, y cuando la vea bien triste y bien desesperado, maldiciendo su suerte y renegando de toda la creación, buscando un pozo muy hondo para arrojarse á él, me retiraré como la famosa *Piel de Asno*, al fondo de un corredor y me vestiré con mi traje de Rosalinda, porque mi guardarropa femenino es muy reducido.

Hecho esto, me presentaré á él, radiante como un pavo real, que forma el abanico con sus doradas plumas, mostrando con ostentación lo que ordinariamente disimulo con tanto cuidado, no llevando sobre el pecho más que un ligero pañuelo de encaje bastante entreabierto, diciéndole con el acento más patético que pueda emplear:

—¡Oh! el más elegiaco, y el más perspicaz de los hombres. Soy verdaderamente una joven, y púdica belleza que os adora sobre todas las cosas, y que no os exige más si no daros placer, y que vos se lo deis á ella también, ved si esto os conviene, y si os queda todavía algún escrúpulo, tocad aquí, y pecad todo lo más que podáis.

Terminado este discurso, me dejaré caer medio desvanecida en sus brazos, y lanzando entrecortados suspiros, haré saltar diestramente el corchete de mi camisa, de modo que me quede en el traje de rigor para estos casos, es decir, medio desnuda.

Alberto hará el resto, y estoy segura que á la mañana siguiente, sabré á que atenerme sobre todas esas cosas tan bellas, que me turban la razón desde hace algún tiempo.

Satisfaciendo mi curiosidad, tendré además el placer de haber hecho dichoso á un hombre.

Después me propongo ir á ver á Rosita, en el mismo traje, para hacerle ver que si no había respondido á su amor, no era ni por frialdad, ni porque no me gustase.

No quiero que conserve mala opinión de mí, y ella merece también como Alberto, que haga traición á mi incógnito en su favor.

¿Que cara pondrá al escuchar esta revelación?

El orgullo quedará algo más consolado, pero, ¿y su amor?

Adios amiga mía: ruega á Dios que el placer no me parezca tan poca cosa, como aquellos que lo dispensan.

Me he estado quejando durante esta larga carta, y ahora voy á ensayar un negocio muy grave, y del cual quizás tenga que resentirme todo el resto de mi vida.

